

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

ESE hilo maestro, soporte de la tela arácnida, hilo conductor de la novela de Fuentes, es la conversación que mantiene el anciano conde de Brandly y el narrador en una mesa del Automobile Club, frente a la Place de la Concorde parisina. El narrador —el propio Fuentes, personaje de su obra— nos relata la relación de Brandly con el arqueólogo mexicano Hugo Heredia y su hijo Víctor, a quienes conoció en las ruinas de Xochicalco el Día de los Muertos. Una relación que resultará fascinante, cómplice y estremecedora. Luego —multiplicación y entrecruzamiento de los hilos—, la red se vuelve más tupida. Hugo y Víctor Heredia mantienen un juego: la búsqueda de sus homónimos. Brandly sigue contando a Fuentes —y él, depositario de la historia, la traslada a los lectores— cómo sus amigos mexicanos, a los que hospedó en su casa, se ponen en contacto con el Víctor Heredia francés y su hijo. Y, como la araña que persevera tesonera en su entramado, nuevos hilos se añaden a la tela, nuevos planos se despliegan en la novela: la recuperación del pasado de los Heredia mexicanos y franceses, y el del mismo Brandly. Al cabo, llegamos a la ultimación de la malla: la revelación de que la historia que Brandly le cuenta a Fuentes es una historia maldita; una historia de pactos para la resurrección de fantasmas, de muertos que no envejecen, de reconstrucción de la rota unidad originaria. Un pacto en principio establecido sólo por los Heredia, pero que atañe y que implica al anciano conde.

La urdimbre ha concluido, el "más difícil todavía" circense se ha llevado a cabo. Pero sólo en apariencia. Aún no acaba la historia, aún nos queda un hilo suelto. Fuentes se reserva ese tentáculo funambulesco y retráctil que lo separa y lo une a la red. Al final es la caída de las máscaras y la transparencia. Al final es el propio Carlos Fuentes —narrador-personaje e individuo real— quien se revela, quien descubre sus fantasmas y obsesiones refe-

Al completar la lectura de la última novela del mexicano Carlos Fuentes (1), sin yo provocarlo, se me ha ocurrido pensar en el tesón y la laboriosidad de la araña en plena urdimbre. Cuentan de la araña que para tejer su red traza primero un hilo maestro, soporte de su malla pegajosa. Luego, con paciente y prodigiosa arquitectura, multiplica, entrecruza y consolida los hilos para culminar su tela. Tejido el entramado, aún queda un hilo suelto: el que la araña se reserva para su propio cuerpo; un hilo mágico y diríamos que funambulesco con el que nuestra araña puede subir y descender pendiendo en el vacío; un hilo extensible, retráctil, que es como un tentáculo que la une y la permite alejarse de su red y que, en definitiva, justifica en la araña su condición de fantástica tejedora... Algo de esa voluntad hilandera hay en esta entrega narrativa de Fuentes.

Carlos Fuentes: La urdimbre de la araña

SABAS MARTIN

ridas a la búsqueda de la identidad. Ya nos previno Octavio Paz: "La búsqueda de la identidad es el tema constante de la obra de Carlos Fuentes".

Porque, ¿qué hay tras esa impresionante y casi matemática urdimbre técnica? ¿Qué hay tras ese complejo entramado de planos y tiempos que se interrelacionan laberínticamente? Alguien dijo que la literatura bien podía ser un juego verbal en busca de imposibles empeños. Carlos Fuentes ha asumido —toda su obra así lo demuestra— ese propósito. Carlos Fuentes persigue, sobre todo, un imposible empeño: el del peregrino en patria ajena que busca una patria, la suya propia, que él quisiera y pretende mejor. De ahí su voluntad crítica, de ahí su indagación en la identidad mexicana, de ahí su obsesión por los mitos nacionales y fugitivos. Y de ahí, también, sus fracasos y su honestidad en seguir en el intento —lográndolo

(1) Una familia lejana. Carlos Fuentes. Bruguera. Narradores de Hoy. Barcelona. 1980. 223 páginas.

otras veces— de recuperar y explicar la identidad perdida. Todo ello se da en "Una familia lejana". En la novela nos encontramos con una memoria angustiada que quiere recobrar un tiempo subjetivo; un tiempo en el que se "ha pecado por omisión", porque no se hizo algo: Brandly no tendió la mano al niño que le miraba jugar, Hugo Heredia no corrigió los excesos de su hijo... Y esos actos no realizados se convierten en fantasmas, en muertos que no envejecen y asedian, en otra memoria —simbolizada en el Heredia francés— resentida y suspendida en el tiempo turbio del rencor. Muertos, fantasmas, memorias, que hay que asumir para reconocerse, para identificarse. Eso es lo que pretende

Fuentes en esta novela construida con meticulosidad de araña hilandera. Y lo hace con un lenguaje terso, de reflexión poética, lleno de referencias culturales, creador y crítico a la vez.

Pero algo pone en peligro la consistencia de la red. Por un lado, la misma complejidad, la multiplicidad de hilos, el entrecruzamiento y conexión de hilvanos, que crean perplejidad y confusión en la lectura. Una desazonadora sensación de andar a tientas, buscando el sentido último, recogiendo hebras para disponerlas en su sitio, nos invade. Y por otro, la abstracción en planteamientos, situaciones y ciertos diálogos, rémora frecuente en las novelas de Fuentes y que ha hecho de algunas de ellas grandes obras frustradas. Hubo también alguien que dijo que la abstracción es enemigo peligroso del arte narrativo... Al final, aun reconociendo en "Una familia lejana" un texto sorprendente, rico en posibilidades abiertas, de espléndida textura lingüística, uno sospecha que Carlos Fuentes ha sido víctima de la urdimbre de la araña. El narrador cayó en el laberinto de su propio reto. ■



Carlos Fuentes.